

UN DIA DE UN MEDICO EN LA EPOCA DE ALFONSO X
EL SABIO *

POR ANTONIO HERMOSILLA MOLINA
Académico de la Real de Medicina de Sevilla

El médico, el físico, se ha levantado muy de mañana. El cielo se esclarece con tinte de anís aguado y apenas ha sonado el toque cercano convocando a la misa de alba en el contiguo convento de clarisas. El nuevo cuadrante situado en la torre va indicando, poco a poco, la altura meridiana del sol.

El médico, el físico, se ha puesto con parsimonia y lentitud su indumentaria, saya, manto, toga de armiño y bonete de terciopelo, la «tutopía», y ha calzado en sus dedos de la mano una sortija con una gran piedra preciosa. Así, por lo menos, nos lo describe la Cantiga escurialense número LXXXVIII.

Ha bajado a su gabinete de consulta y ha revisado el armario cuyos anaqueles están repletos de hierbas medicinales, y se entretiene en preparar purgas, pócimas y cataplasmas.

Sentado en un escabel espera a su atormentada clientela que no tarda en aparecer. El físico goza de buena fama, de hombre sabio, avalado por buena técnica y docto en las artes.

Desfilan ante él las damas ataviadas con manto, brial y toca baja con barbuquejo, mercaderes, burgueses y menestrales, y monjes que le ofrecen las más variadas hierbas curativas, arrancadas hace poco de los huertos de sus conventos, muy afamadas las de los benedictinos.

El físico, hombre estudioso, conoce bien su menester. Ha estudiado en la recién fundada, por Alfonso X, Universidad de Salamanca y ha cursado disciplinas en Montpellier para

* Trabajo leído en la sesión pública y solemne celebrada el 11 de mayo de 1984.

convertirse de «artifex» en «médicus doctus», «legum docto» o «physico», lejos ya las enseñanzas de los maestros del Trivium y del Quadrivium.

A su ciencia, a su persona y a sus manos, se le encomiendan las más variadas enfermedades.

Para curar a sus enfermos cuenta con tres armas potentes y principales: la dieta, la purga y la sangría, es decir la «diaetética», «pharmaceutica» y «chirurgica», distinguidas por sus tres símbolos, un bastón para la dietética, una serpiente para la farmacia, y un anillo de hierro para la cirugía.

La dieta, la más importante, fundamental en toda enfermedad, observada de manera absoluta o «plenissima» durante tres días, la «diatritaria», y la dieta moderada o «mediocre» o «tenuissima», sólo agua de cebada o poleadas claras de trigo. Sabe, también, que la dieta sirve a las personas sanas, la llamada «regula vitae», además de aplicarse en las enfermedades, como «regula medicanium».

El físico manda sangrar al pletórico, al enfermo con vicios en sus humores, a los de fiebres persistentes, a los apopléticos. Pero estas sangrías han de ser pensadas, moderadas, porque su efecto está ligado a la hora del día y a la posición de los astros, y ha preparado las lancetas terminadas en pico de gorrión o en hoja de olivo, según se trate de vasos superficiales o profundos. No abusa del número de sangrías ni de su volumen porque no es partidario de las sangrías «usque ad animi deliquium», es decir, hasta la extenuación y el desmayo del enfermo.

A cada paciente, su terapéutica. Para eso los anaqueles de su oficina están repletos de hierbas. Prepara los electuarios, de «lectuca», lechuga, porque son cocimientos de hierbas, laxativas, píldoras, jarabes, colirios, pesarios, y el alcohol, el «aqua vitae» y el «aqua ardens», recién incorporado a la farmacopea, desde Salerno, y la tríaca, la «theriaca», con más de cien compuestos que hizo exclamar a los médicos «jamás una medicina ha contenido tantas cosas y ha servido para curar tan pocas».

Cura las fiebres, las retenciones, las quebrancias, practica la litotomía, bate la nube de los ojos, cuateriza los aposte-

mas y las fístulas, y prescribe mediante un «recipe» los simples opuestos a la enfermedad, la «contraria contrariis». Calcula la cantidad y peso de los ingredientes mediante el ábaco con piedras de cuerno o «ápices» y aconseja los baños, «excreta», y la higiene sexual o «secreteta».

Es también «quirurgos» o «hábil de manos» y cose las heridas tal como los peleteros zurcen las pieles, provocando la cicatrización con vino caliente y polvos consolidantes. Sabe que hay que aislar la herida de la contaminación del aire y la cubre con emplastos y cataplasmas porque aquél, el aire, es supurativo.

A sus curas acompaña el don de la palabra. La palabra pausada, bien dicha, sin valor de exocirmos, y añadida de fármacos para no caer en lo de «herba, non verba».

Analiza la orina de cada enfermo, poniendo en boga la uroscopia. El vaso de la orina lo analiza al trasluz del día y reflexiona. En la superficie de la orina se representan los males de la cabeza, en la de más abajo, los del pecho, en otra más inferior, los del vientre y en su poso, el aparato urogenital. Agita poco a poco el vaso, después con velocidad y cuando se detiene el movimiento, si la espuma formada baja a la segunda superficie y vuelve lentamente hacia arriba, la enfermedad residía en el pecho; si, por el contrario, subía con rapidez, se trataba de una enfermedad cerebral.

Aún le queda tiempo para confeccionar afeites y pastas para hacer desaparecer las arrugas o cambiar el color de la tez, o preparar un lápiz de labios con miel, remolacha, cebada y agua de rosas, o proporcionar blancura a los dientes con corteza de nogal disuelta en agua caliente salada, o un tinte para cambiar el color del cabello mediante abejas trituradas en aceite.

Lucha, porque es poseedor de la «epiteme» o ciencia y de la «sophia» o sabiduría, contra la superstición y el mal entendimiento de sus pacientes y contra los mitos mantenidos centurias atrás, contra la idea del ave fénix, contra la certeza de que el castor arroja sus propias bolsas almizcleras, contra de que el ave ortega se fecunda por la saliva del macho, o de que una mujer que lleva sobre su pecho el calcáneo de

una comadreja no corre el riesgo de quedarse encinta, o de que las crines de cabello, en aguas estancadas, se transforman en gusanos.

Nuestro físico tiene ese espíritu experimental que va naciendo en su época y llega a poner en duda las ideas de Aristóteles, de Avicena y de Galeno, de quien se decía que si el enfermo moría no era Galeno quien se equivocaba sino el enfermo. Posee el juicio crítico que comienza a amanecer en su siglo para «no ser conducido por el ronزال».

Sí es cierto que nuestro físico tiene una tentación inusitada. No puede dejar de pensar que entre sus alambiques, donde somete a los simples al «acendrado» o copelación con plomo, a la ignición, al amalgamamiento con el mercurio, a la sulfurización, hay unos esbozos de prácticas alquimistas y esotéricas porque se dice que la piedra filosofal «cura en una hora una enfermedad que de otro modo duraría un mes». Lo ha leído en un libro que ha mandado traducir al romance el rey sabio, el «Picatrix», y que introduce por primera vez en Occidente la magia y la alquimia árabe y posee recetas de hechicería y curación por talismanes, según el árabe Maslama y el «Liber duo tesor».

Y como conoce el valor del «negotium» y el valor de su contrario, el «otium», dispone en su rebotica de un rato de charla con su especiero acerca de los eventos de sus propias artes. Porque el físico está presente, en muchas ocasiones, en las preparaciones medicinales que lleva a cabo su apotecario, señalando con el bastón, con precioso puño de plata, los simples que han de entrar en una composición.

Entre ellos hablan de la evolución de las ciencias. Sabe que el rey ha reunido en Toledo los mejores libros en árabe y judío y ha creado una «Escuela de traductores» para verter en lengua romance los antiguos Tratados de las ciencias, del derecho, de la historia, de la astronomía, de las matemáticas, de la poesía, y que para esto se ha rodeado de los sabios de todas las religiones y nacionalidades, al frente de ellos Domingo Gundisalino.

Comentan cómo se ha regularizado la profesión médica en un Tratado mandado hacer por el rey sabio, en unas Par-

tidas, donde con el esotérico número del siete, las mismas letras que su nombre, Alfonso, están todas las leyes del reino, con antecedentes en el Fuero Juzgo ordenado traducir por su padre, Fernando III. Las Partidas, hechas en colaboración con Juan Alfonso, arcediano de Santiago de Compostela, notario de León, y del «maestro en leyes», Jacobo Díaz, y Fernando Martínez.

Y habla el físico cómo se establecen normas para las profesiones liberales, físicos, maestros, abogados, y leyes para la industria, el comercio y la agricultura, algunas de ellas publicadas en el «Fuero Real» o «Libro de los concejos» o «Fuero castellano».

Sabe el físico, según las Partidas, cómo ha de tener muy en cuenta que «para melezinar su cuerpo el enfermo, el físico ha de pensar en el alma, pues la enfermedad muy afincadamente, se empeora por los pecados en que está... e esto porque las almas son mejores que los cuerpos, e más preciadas» (L. XXXVII, T. IV, P. I).

Que «hay omes que no pueden yacer con las mujeres... por fallecimiento de natura... o porque la mujer ha su natura cerrada... o por ocasión, assí como los que ligan faziéndoles algún mal» (L. I, T. VIII, P. 4).

Que «los que desvían las enfermedades, porque sufren grandes lazerías e vienen a muerte, e los que esto fazen son llamados físicos, que non tan solamente han de toller las enfermedades a los omes, más a guardarles la salud, de manera que non enfermen» (L. X, T. IX, P. 2).

Que «ha de combatir el físico a la tristeza de los omes y pase la su vida florida de hermosura; en el triste, no solamente consume la carne, mas desgasta los huessos» (L. XI, T. VII, P. I).

Que hay que luchar contra los exorcistas, conjurados y acólitos, que quiere decir «aquel que tiene el cirio» (L. XI, T. VI, P. I).

Que no tiene que consentir el casamiento de los castrados «porque no se puede ayuntar con su mujer carnalmente para fazer hijos» (L. VI, T. VII, P. 4).

Que «Ipocras fue un philosopho en el arte de la física e

dixo que lo más que la mujer preñada puede traer la criatura en el vientre son diez meses... pero si la nascencia de la criatura tañe un día del onceno después de la muerte del padre, non deve ser contado por su fijo» (L. IV, T. III, P. 4).

Que «si el marido se levanta de noche del lecho de su mujer por alguna cosa que fuesse menester, e entonces otro alguno yoguiesse en la casa se fuesse echar con ella y lo recibiese ella creyendo que es su marido... no se le considerará adúltera» (L. XVII, T. V, P. 5).

Que se prohíbe el ejercicio de la nigromancia... «y de fazer ymágenes de cera ni de metal, ni otros hechizos para enamorar los omes a las mujeres, ni para despertar el amor... ni den brevaje alguno a ome ni a mujer por razón de encantamiento» (L. II, T. XXIII, P. VII).

Que los barberos o alfajemes no deben estar «e las plaças ni e calles por donde andan gentes porque non pueden recibir daño aquellos a quien afeytare, por algún ocasión» (L. XXVII, T. XV, P. 7).

Que si un físico «diesse una melezina de manera que muriese el enfermo, ... debe ser desterrado a alguna isla por cinco años... y si fuesse siervo dévelo pechar a su señor, según alvedrío de omes buenos...» (L. VI, T. VIII, P. 7).

Que si una mujer preñada que «comprase yerba a sabienda con que echasse de sí la criatura, o se fiziesse con puños en el vientre... debe ser desterrada en alguna isla por cinco años...» (L. VIII, T. XV, P. 7).

Que «el físico, o cirujano o barbero o abeytar que toviessse en su guarda siervo o bestia ... y muriese por culpa del cirujano... deve aver para según alvedrío del juzgador» (L. IX, T. XV, P. 7).

Así, de esta manera, nuestro físico ha llenado el mediodía comentando cómo su profesión ha quedado encuadrada en leyes y normas.

Después de una comida frugal, el físico ha emprendido un rápido paseo gozando de una temperatura ideal, al sitio del Baratillo donde han comenzado la construcción de las atarazanas pensando en el comercio de la ciudad y en la conquista del norte de Africa; admira las mejoras en los Reales

Alcázares y, casi sin darse cuenta, llega a un lugar, extramuros de la ciudad, allá por los campos de la Macarena, y observa un hospital, el de San Lázaro, con su torre de los Gausines, para acoger a gafos, plagados y malatos, es decir leprosos, que antes vagaban por las calles, señalados con túnica, sombrero y campanilla para espantar a las gentes de su alrededor, así como piensa en el incremento de una enfermedad de erupciones ardientes llamada «fuego de San Antón» y para la que se están creando nuevos hospitales, además del Hospital del Rey, cercano a la mezquita de los Ossos.

A la vuelta de su paseo, medita sobre la evolución de la ciencia. Quiere acercarse a la antigua mezquita que el Rey sabio ha cedido «como morada a los físicos que vengan allende a que e ella fagan su enseñanza, con bellos entornos propicios al estudio en un ambiente placentero», creándose así, en 1254, una Escuela de Medicina en Sevilla.

Piensa, a su regreso, cómo, según el «Libro del saber de Astronomía», ha de valorar la influencia de los astros y su posición, por medio de esferas estrelladas (arañas), en el cielo (tímpano) para la curación de las enfermedades, hacer las curas y proceder en días propicios a las sangrías y flebotomías, según la altura del sol o, por ejemplo, la acción de la crisolita sobre el corazón, la luna y la perla sobre el cerebro, y la esmeralda y mercurio sobre la cabeza.

Cómo ha leído en otro libro llamado el «Lapidario» la existencia de la «piedra del sueño», la «piedra de cristal» que ahuyenta la sequía y atrae la lluvia, la «esmeralda» que quien la lleva «será bien quisto de los viejos et de los escribanos et de los alcaides» y «será amado de las mujeres», piedras y cielos medidos por el astrolabio, la esfera armillar, relojes de piedra de sombra, de «argent vivo en la candela» y el «Palacio de las Horas», obra que hizo exclamar a los críticos historiadores que «de tanto mirar al cielo se le cayó al rey la corona».

Nuestro físico ha regresado a su casa, próxima ya la hora de las oraciones y observa un corro de gentes en la plaza. Se acerca y escucha cómo el rey, su señor, que la historia le llamará sabio, padece una grave enfermedad, extraña para

los bien criados con «ayas sabias e fermosas, no sañudas», y que en 1280, a los 59 años, un accidente en un ojo, que diagnostica su médico Don Mair, y que remite temporalmente, pero que, según parece, le llevará al sepulcro. Como así fue un Martes Santo, 4 de abril de 1284, y que dejará huellas indelebles de un tumor maligno en la órbita izquierda de su cráneo, restos que quedarán en su cadáver, como un telediagnóstico, después de haber sido momificado no sin antes haber extraído sus vísceras, lo «otro», por una incisión lateral en las costillas izquierdas, y bañadas sus cavidades por cáusticos y resinas aromáticas y haber depositado junto a su cuerpo uno de un perro, su animal preferido, extraer su corazón para llevarlo a Murcia, otra ciudad leal que tampoco «le había dejado». A causa de esta enfermedad, que remitía por temporadas, había prometido la construcción en el arrabal de Triana de una iglesia que «le dixessen Sancta Anna, madre de Nuestra Señora Sancta María», sanando en esa hora y cantado todo esto en la Cantiga CCLXXIX donde describe el rey su mala cara, de color verde, como «un paño de Cambrai».

Nuestro físico ha entrado en su casa. Ha revisado, hombre de estudios, a la luz de un candil, la traducción al latín del «*Quantum*» de Avicena, los comentarios del «*Ars Parva*», de Galeno, y todas las obras quirúrgicas de Abulcasis mandadas traducir por el rey sabio, quien ha regalado las «*Tablas alfonsinas*» a la Catedral de Sevilla, inspiradas en las Tablas de Al-Zargati, y lee y relee libros de matemáticas, filosofía, botánica, música, el «*Liber de morbis oculorum*» y el «*Thesaurum pauperum*» de Pedro Hispano, porque todo esto ha de saber para curar las enfermedades.

El cansancio ha cerrado sus ojos y el sueño le vence. En su mente bulle siempre el sentido de formación, el cambio de la «*translatio vetus*» a la «*translatio nova*», incluso la disección de los condenados a muerte, pena que se cumplía, a veces, cabeza abajo para estudiar el volumen sanguíneo, o por inmersión, para el estudio posterior del cadáver y su anatomía.

Sus ojos se van a cerrar en sueño reparador. En su men-

te, incansable en el saber, domina la idea de que su profesión sirve para ayudar a los demás. Su jornada ha terminado, ha terminado un día de un médico de la época de Alfonso X, pero aún queda tiempo para pensar en el consejo de aquellas frases: «Trata de aprender de todo, que sólo más tarde te darás cuenta de que nada es superfluo».